

dores, ó que su viage iba á ser interrumpido por algun obstáculo insuperable.

Wayland Smith, notando sus temores, y sintiendo haberlos causado, empezó á caminar delante de ella, manifestandose de buen humor. Unas veces hablaba á su caballo como quien sabia el idioma de las caballerizas, otras solfeaba en voz baja retazos de letrillas; aseguraba despues á la dama que no habia peligro ninguno, y al mismo tiempo miraba por todos lados para descubrir si habia á la vista alguna cosa que pudiese desmentir sus palabras en el momento mismo en que las pronunciaba. Continuáron caminando de este modo, hasta que una rara casualidad les ofreció los medios de seguir su viage de una manera mas cómoda y con mayor celeridad.



CAPITULO XXIV.

RICARDO. ¡Un caballo! ¡un caballo!
¡mi reino por un caballo!

CATESBY. Milord, voy á dar á vñ. un
caballo.

RICARDO III.

PASABAN nuestros viageros por una grande arboleda que se hallaba al borde del camino, cuando se ofreció á su vista la primera alma viviente que encontráron desde su salida de Cumnor. Era un muchacho rústico, tonto al parecer y criado de algun labrador. Tenia la cabeza descubierta, un vestido ceniciento, caídas las calcetas, y unos zapatos enormes. Tenia por la brida lo que mas necesitaban en el mundo, es decir un caballo con silla de muger, y las demas cosas necesarias. El patañ se acercó á Wayland preguntandole: ¿Señor, son vms.?

— Si por cierto, nosotros somos, amigo mio, respondió Wayland sin vacilar un solo instante. Preciso es confesar que cualquiera otro mas escrupuloso que el ex-brujo hubiera caido en la tentacion. Al decir esto, cogió la brida del caballo de las manos del muchacho,

y casi en el mismo momento ayudó á la condesa á apearse de su caballo y subir sobre el que la ofrecia la casualidad. En fin todo se pasó de un modo tan natural, que la condesa, segun despues se supo, de ningun modo dudó que este caballo hubiese sido traído allí por la precaucion de su guía ó de alguno de sus conocidos.

Al mismo tiempo el pobre tonto, que se veia desembarazado tan pronto de su depósito, empezó á morderse los labios y á rascarse la cabeza, sintiendo algun remordimiento de abandonar el caballo sin una esplicacion suficiente.

— Estoy seguro de que son ellos, decia entre dientes; pero debieras haber dicho *Haba*, ¿no es verdad?

— Sí, sí, dijo Wayland á tientas, y tú *Jamon*, ¿no es cierto?

— No, no, veamos: *Arveja* debia yo decir.

— Pues bien, dijo Wayland, que sea enhorabuena *Arveja*, si tú quieres, aunque *Jamon* hubiera sido mejor contraseña.

Hallandose entónces á caballo, tomó la brida de las manos del patan, que dudaba aun si debia entregarla, y arrojandole una moneda de plata, procuró reparar el tiempo perdido corriendo á galope, y quitandose de cuentos. El muchacho quedó á la bajada

de la cuesta que subian nuestros viajeros, y Wayland observó que permanecia inmóvil como un poste, con las manos en la cabeza, y con la vista vuelta ácia ellos. Al fin al acabar de subir la cuesta, le vió bajarse á recoger la moneda que le habia dejado.

— Esta es una fortuna loca, dijo Wayland, el caballito va muy bien, y podrá seguir hasta que pueda yo lograr otro tan bueno. Entónces le enviarémos para evitar que le reclamen.

Pero se equivocaba grandemente en sus cálculos, y el destino, que les pareció desde luego tan favorable, les dió despues motivo de temer que el incidente de que Wayland se gloriaba asi, podia acarrearles una ruina completa.

Apénas habian andado una milla despues del encuentro con el muchacho, cuando oyéron á sus espaldas á un hombre que se desgañitaba gritando:

— ¡Al ladron! ¡detente, ladron! y otras exclamaciones semejantes. Como le remordia á Wayland la conciencia, con facilidad sospechó que eran estas las resultas de la aventura que acababa de sucederle.

— Mas cuenta me hubiera tenido, decia, andar en pernetas toda mi vida; nos persiguen de muerte, y no hay remedio, soy un hombre perdido. ¡Ah! ¡Wayland! ¡pobre

Wayland! mas de cuatro veces te ha pronosticado tu padre que los caballos te conducirian algun dia á la horca. Si vuelvo alguna vez á encontrarme sano y salvo entre los tratantes de caballos de Smithfield ó de Sumball-Street, que me ahorquen tan alto como el campanario de San Pablo, si me mezclare jamas de los asuntos de los grandes, los caballeros ó las damas.

En medio de tan tristes reflexiones volvió la cabeza á ver quien le perseguia, y se encontró muy consolado al ver que era solo un hombre á caballo; se acercaba con una rapidez que no les permitia pensar en escaparse, aun cuando la condesa se hubiera hallado en disposicion de continuar á carrera tendida.

— Las fuerzas son iguales por ámbos lados, decia entre sí Wayland, pues somos uno contra otro, y el que nos persigue mas parece un mico que un caballero. Si llegase el caso, pronto le derribaria por tierra. Pero creo que su mismo caballo va á ahorrarme ese trabajo, pues viene desbocado. ¿Y por que demonios inquietarme? dijo reconociendole de repente: es el tenderillo de Abingdon.

Asi era la verdad; no se habia equivocado Wayland, á pesar de la lejanía. El caballo del buen tendero, que era vigoroso, habiendo sentido la espuela y notando dos caballos

que iban al parecer aprisa con alguna distancia, echó á correr con una rapidez que rompió enteramente el equilibrio del jinete. Este no solamente alcanzó sino pasó á carrera á los que perseguia, sin cesar de tirar la brida y gritar: — ¡Detente, detente! exclamacion que mas bien parecia dirigida á su caballo que á los que dejaba á la espalda. Con la misma prontitud anduvo casi media milla ántes de poder detenerle: en fin volvió ácia nuestros viageros, componiendo lo mejor que podia su vestido, y procurando disimular, mostrandose audaz y enfadado, la confusion y el pesar que se habian estampado en su semblante durante su carrera imprevista.

Wayland previno á la condesa que no se asustase, añadiendo: — Este es un mentecato, y le trataré como tal.

Luego que el tendero recobró su aliento y su valor para presentarse delante de ellos, ordenó á Wayland, amenazandole, le entregase su caballo.

— ¡Como es eso! dijo Wayland con énfasis y en un tono trágico, ¿nos detienen y nos piden nuestra hacienda en un camino real? Vamos, sal de tu vaina, mi Excalibar, y haz ver á ese bravo caballero que la fuerza de las armas decidirá esta contienda.

— ¡Alto ahí! ¡socorro! ¡que me socorran

los hombres de bien! Me quieren privar de lo que legítimamente me pertenece.

— ¡En vano invocas tus dioses, pagano infame! quiero cumplir mi designio á riesgo de perecer. Has de saber sin embargo, tenderrillo de morondanga, que soy el tendero ambulante á quien te has jactado de querer robar sus efectos en la llanura de Maiden Castle; y así preparate al punto al combate.

— Lo dije solamente chanceandome, dijo Goldthred: soy un ciudadano honrado, un mercader, y no soy capaz de asaltar á nadie en un camino.

— En tal caso, á fé mia, tendero terrible, siento haber hecho voto de coger tu caballo la primera vez que te encontrase, y de regalarle á mi querida, á no ser que quieras recobrarle con las armas en la mano; pero está ya echado el fallo, y todo lo que puedo hacer en tu favor es dejar el caballo en Donnington en la primera posada.

— Pero aseguro á vm., dijo el tendero, que es el caballo sobre el que debía llevar hoy mismo á Juana Hackam de Shottesbroock á la iglesia parroquial, cerca de aquí, para cambiar su apellido por el de madama Goldthred. Ha saltado por la ventanita del granero de Gaffer Thackam, y está en el sitio en que debía encontrar el caballo, con su capa

de camelote, y su látigo con mango de marfil, tan chasqueada como la muger de Loth. Suplico á vm. por Dios que me vuelva mi caballo.

— Lo siento, dijo Wayland, por la bella señorita y por tí, mercader ilustre, pero es preciso que se cumplan los hados: encontrarás tu caballo en Donnington, en la posada de *el Angel*; es cuanto en conciencia puedo hacer en tu favor.

— ¡Maldita sea tu conciencia! dijo el tendero afligido: ¿quieres que la novia vaya á pié hasta la iglesia?

— Ponla á las ancas, sir Goldthred, respondió Wayland; con eso se le calmarán los fuegos á tu caballo.

— Sí, ¿y si no dejase vm. mi caballo, según su intencion? preguntó Goldthred que iba ya acobardandose demasiado.

— Mis fardos quedan en rehenes en casa de Gil Gosling, en el cuarto que yo habitaba, y contienen terciopelos, tafetanes, damascos, rasolisos, encajes.....

— ¡Basta! ¡basta! dijo el tendero, el diablo me lleve si hay la mitad de lo que vas ensartando; pero en mi vida volveré á dejar mi pobre Bayardo en manos de ningun palurdo.

— Como vm. quiera, señor Goldthred, y con esto quedese vm. con Dios. Buen viage,

añadió continuando á andar con la condesa, miéntras el tendero aturrullado se iba mucho mas despacio de lo que habia venido, buscando excusas que poder dar á su triste novia que aguardaba á su animoso amante en medio del camino real.

— Me parece, dijo la dama, que el original de que acabamos de separarnos me miraba como si me hubiese visto ántes de ahora, y sin embargo me he cubierto la cara lo mejor que he podido.

— Si pudiera pensarlo, dijo Wayland, volveria atras para romperle los cascos, y no temeria trastornarle el seso, porque no tiene ninguno. Pero es lo mejor seguir nuestro camino: dejáremos en Donnington el caballo de ese necio, para quitarle la gana de perseguirnos, y cambiáremos de trages para mayor seguridad.

Los viageros llegaron á Donnington sin ningun contratiempo, y era necesario que la condesa pasase allí algunas horas de reposo. En este intervalo se dispuso Wayland con prontitud y destreza á tomar las medidas capaces de asegurar el buen éxito de su viage.

Despues de haber cambiado su capa por un sobretodo, llevó el caballo de Goldthred á la posada de *el Angel*, que estaba al otro lado del pueblo. Por la mañana, miéntras

hacia otras diligencias, vió que se llevaba el caballo el tendero mismo, que habia acudido al frente de unos cuantos hombres que habia armado contra los ladrones para reconquistar su hacienda á la fuerza. Se le entregaron sin que le costase mas que una buena cantidad de ale, que bebiéron sus auxiliares, que debian tener buena sed despues de la marcha, y sobre cuyo precio sostuvo Goldthred una disputa con el alcalde de barrio que habia llamado en su socorro para poner en marcha las gentes del condado.

Habiendo hecho esta restitucion justa y prudente, compró Wayland para la dama y para él dos vestidos completos con que disfrazarse. Resolviéron ademas que durante el viage pasaria la condesa por hermana de su guia.

Un buen caballo muy manso, que podia correr parejas con el de Wayland, completó los preparativos del viage. Wayland los pagó de los fondos que Tresilian le habia dado con este objeto. De este modo, habiendo descansado la condesa algunas horas, prosiguieron su camino, cerca del mediodia, con ánimo de ir á Kenilworth con la prontitud posible por Coventry y Warwick; pero no debian ir muy léjos sin encontrar nuevos motivos de inquietud.

Es preciso decir aquí á nuestro bondadoso lector, que el posadero de Donnington habia informado á nuestros fugitivos de que una compañía alegre que debia, á su parecer, representar algunos de los disfraces ó comedias que hacian parte de las diversiones que se ofrecian ordinariamente á la reina en los viages de la corte, habia salido de Donnington, una ó dos horas ántes, para ir á Kenilworth. Con este aviso habia imaginado Wayland que reuniendose, si era posible, á aquella compañía, luego que la alcanzasen en el camino, serian notados mucho menos que continuando solos su viage.

Comunicó esta idea á la condesa, la que deseando solo llegar á Kenilworth sin interrupcion, dejó á su arbitrio el adoptar los medios de conseguirlo. Picáron las espuelas para alcanzar á los cómicos y caminar con ellos. Acababan de descubrir la caravana, compuesta de gente de á pié y á caballo, que llegaba á la cima de una montaña que distaba de allí media milla, cuando Wayland, que observaba con la mayor atencion por todas partes, notó que venia un hombre por detras á caballo: le acompañaba un criado, que no pudiendo seguir el trote largo del caballo de su amo, se veia precisado á galopar con el suyo. No fué nada agradable á Wayland este

encuentro; volvió á mirar turbado ácia atras, y dijo asustado á la condesa:

— Es el famoso troton de Ricardo Varney, le reconoceria entre mil caballos. Peor es esto que encontrar al tenderillo de Abingdon.

— Desenvaine vm., le dijo Amy, y atraveseme las entrañas mas bien que dejarme entre sus manos.

— Las tuyas ó las mias atravesaria primero, contestó Wayland; pero á decir verdad tengo por mas conveniente no batirme, aunque sé tan bien como cualquier otro manejar la espada en llegando el caso. Pues seguramente mi espada (camine vm. mas aprisa por Dios) no vale un demonio, y la suya es una de las mejores que han salido de Toledo. Tiene consigo tambien un criado, y debe de ser sin duda el bribon de Lambourne; cabalga sobre el mismo caballo que montaba, segun dicen (por Dios un poco mas aprisa), cuando robó á un rico tratante de caballos del oeste. No quiere decir esto que tenga yo miedo de Varney ni de Lambourne (el caballo de vm. puede ir mas aprisa todavía); pero (¡ ah! no le deje vm. galopar, para que nó conozcan que los tememos, y nos persigan; que vaya á trote largo), pero aunque yo no los temo, me alegraré verme libre de ellos, mas bien por astucia que por violencia. Si pudiésemos

alcanzar á los cómicos que van delante , nos podríamos reunir á ellos y desfilar sin ser notados , á no ser que Varney venga con intencion de perseguirnos.

Miéntas hablaba de ese modo , unas veces apuraba y otras retenia el caballo , temiendo manifestar que huia , y no queriendo al mismo tiempo ser alcanzado por Varney.

Subiéron de este modo la cuesta de que hemos hablado , y cuando hubiéron llegado á la cima , y viéron con sumo gusto que la caravana habia hecho alto en el centro del valle , cerca de un arroyo á cuyos lados habia dos ó tres cabañas , lo que dió á Wayland la esperanza de reunirse á ellos. Wayland estaba mas inquieto todavía , porque su compañera , aunque no se quejaba ni manifestaba temor alguno , empezó á perder el color , en términos que temia verla caer de un momento á otro del caballo. A pesar de estos síntomas de debilidad , caminó tan aprisa que alcanzaron á los cómicos en el centro del valle , ántes que Varney se descubriese en la cima de la cuesta que acababan de bajar.

Encontráron en el mayor desórden la compañía cómica. Las mugeres , desgrefñadas enteramente y con un aire serio é importante , entraban y salian sin cesar de una de las cabañas ; los hombres estaban al rededor , te-

niendo los caballos por la brida , con un aire de indiferencia y estupidez que suelen tener en los asuntos en que no se necesita de ellos.

Nuestros viageros se detuviéron como por curiosidad , y despues poco á poco , sin preguntar ni ser preguntados , se mezcláron entre la compañía , como si hubiesen sido individuos de ella.

Apénas hacia cinco minutos que estaban en el valle , cuidando mucho de estar al lado del camino , de modo que los otros viageros estuviesen entre ellos y Varney , cuando el primer caballero del lord Leicester y Lambourne bajáron con rapidez la cuesta ; los hijares de los caballos y las espuelas daban muestras sangrientas de la velocidad con que caminaban. El exterior de las personas detenidas al rededor de las cabañas , sus diferentes trages , el carricoche en que llevaban las decoraciones y los diferentes objetos raros y fantásticos que tenian en las manos , diéron al punto á conocer á los viageros la profesion de la compañía.

— ¿ Son vms. cómicos ? dijo Varney : ¿ van vms. á Kenilworth ?

— Sí , caballero , respondió uno de los actores.

— ¿ Y como diablos se detienen vms. aquí , dijo Varney , siendo asi que , por mucha